

LA MISION DE LAS BIBLIOTECAS NACIONALES

Por JORGE AGUAYO

UN bibliotecario venezolano me definía gráficamente lo que a su entender, debía ser una biblioteca nacional, afirmando, con gracia no exenta de ironía, que era aquella en que un hijo del país podía consultar siempre, cuando así lo estimase conveniente, el folleto insignificante que uno de sus bisabuelos escribió sobre un asunto corriente de interés.

Consecuente con esa opinión, una biblioteca nacional, para que pueda cumplir con la misión de coleccionar todos los impresos de un país (mapas, folletos, libros, volantes, música, revistas, ilustraciones, etcétera), deberá contar con un cuerpo de leyes que, dentro de los límites del Estado, regule las disposiciones concernientes al derecho de propiedad intelectual, obligando a cada autor a entregar al Estado uno o varios ejemplares de su obra, hállese o no inscrita en el registro que debe contraer aquel derecho.

Esta concepción de una biblioteca nacional como colección integral de la nación está más de acuerdo con nuestra tradición latina y satisface mejor nuestros más secretos anhelos de inmortalidad; pero ello no quiere decir que la preservación del libro vernáculo deba ser la única razón de existencia de una biblioteca nacional. Esta institución carecería de sentido si a esta principal encomienda no se añadiesen otras funciones de básica importancia, que variarían de acuerdo con las condiciones geográficas o históricas de cada país.

Podemos exponer brevemente los fines propios e indelegables de una biblioteca nacional, hecha abstracción de la conservación de los libros propios del país, de la manera siguiente:

1) Conservar todas las obras que se hayan escrito sobre el país, o sobre sus hombres, o por escritores nacionales que hayan publicado fuera del territorio en cualquier idioma;

2) Coleccionar las obras acerca de la vida social, intelectual, económica, diplomática y política de los países que estén estrechamente relacionados con él;

3) Coleccionar los libros que mejor estudien o contribuyan a interpretar a los países vecinos;

4) Ser el depósito legal de todos los donativos, así nacionales como extranjeros, que se hagan al Estado;

5) Adquirir lo mejor que se publique sobre información bibliográfica, biográfica, estadística y general del mundo, procurando que no falte aquello que pueda servir a un gobierno para mantenerse enterado sobre las cuestiones fundamentales de un país cualquiera, en el momento en que lo necesite;

6) Promover el intercambio oficial internacional de obras, y procurar la distribución de ediciones nacionales con fines de difusión cultural entre todas las bibliotecas públicas de la nación.

El Perú, por ejemplo, tendrá un interés especialísimo en que su Biblioteca Nacional posea todo aquello que pueda servir de información sobre Chile, Bolivia y Ecuador, con los que ha sostenido estrechas relaciones históricas, y es también sabido que ese país está interesado en todo lo que atañe a la vida de Argentina, de los EE. UU. y de la Gran Bretaña, con los que ha mantenido constantes relaciones económicas; y que, asimismo, por su tradición e idioma, ha de poner especial atención en España y en todo lo que atañe a su historia y a su cultura.

Existe un activo movimiento en toda la América Latina, que data por lo menos de 1937, en favor de la reorganización de sus bibliotecas nacionales. Sus antiguos conventos e iglesias, sus viejos castillos y casonas coloniales—albergue obligado del antiguo tesoro libresco—comienzan a ser abandonados por nuevos y flamantes edificios, contruidos en acuerdo con la exigencias funcionales de las bibliotecas modernas y a tono, en algunos casos, con las tradiciones arquitectónicas locales.

En 1938 Colombia inauguraba, bajo la hábil dirección de Samper Ortega, un gran edificio para su Biblioteca Nacional, quizás el primero de su clase en la América Latina en lo que respecta a equipo técnico. A continuación otras bibliote-



2

cas nacionales, las de Caracas, Río de Janeiro y Lima (esta última poco antes del desastre de 1945), hicieron los primeros esfuerzos para reorganizar sus antiguas colecciones.

En la actualidad hay dos bibliotecas nacionales, la de Uruguay y la del Perú, en proceso de construcción, y otros países, como México y Cuba, están estudiando la manera de llevar a cabo la construcción de los edificios que han de servir de albergue a sus respectivas colecciones.

En concordancia con ese camino emprendido, casi todos los países hispanoamericanos se han planteado como una premisa la formación profesional de un cuerpo de bibliotecarios capaz de hacer funcionar eficazmente el complicado mecanismo que es una biblioteca nacional.

Venezuela, desde 1939, recibía los beneficios de una experta colaboración en la persona de Anita M. Ker, enviada por la Biblioteca del Congreso de Washington para ayudar al doctor Enrique Planchart en la formación de los catalogadores que necesitaba la Biblioteca Nacional de Caracas.

En 1942, Colombia convocó una escuela de bibliotecarios por una sola vez, durante un periodo de seis semanas, en que la Fundación Rockefeller invirtió, con la aprobación del Ministerio de Educación del país, la suma de \$9,250. Varios bibliotecarios norteamericanos y colombianos colaboraron en la empresa, estando la parte técnica al cuidado de los primeros.

En 1943, a raíz del fuego que destruyó la valiosa colección que for-

mara Don Ricardo Palma, el doctor Basadre solicitó ayuda de la Asociación Americana de Bibliotecas para la fundación de una escuela de bibliotecarios, que, después de un período preliminar de tres meses, se llevó a cabo de enero a junio de 1944, con fondos aportados por la Fundación Rockefeller y el Gobierno peruano. Este, que había decretado con anterioridad la validez de los títulos que se iban a conferir, nombró a los egresados mejor calificados, en los puestos técnicos de la Biblioteca Nacional.

En 1945, los mejores alumnos-

bibliotecarios, con un año de experiencia profesional, ocuparon el puesto de sus maestros nacionales y extranjeros (entre los cuales tuve el orgullo de contarme), y con una ejemplaridad que bien merece una seria y meditada consideración, enseñaron a su vez a un grupo de nuevos alumnos todo lo que tenía que aprenderse para incorporarse también a la ya reorganizada Biblioteca Nacional del Perú.

Por último México, Ecuador, Uruguay y Brasil (especialmente esos dos últimos) mantienen escuelas para la formación de bibliotecarios: Uruguay en la propia Universidad; Brasil, bajo los auspicios de la Rockefeller, en la Biblioteca Municipal de San Pablo, imponente edificio de veinte pisos, que es, sin duda, el más alto del mundo construido para ese objeto.

No le faltará a Cuba, en la hora decisiva, ejemplo a donde volver los ojos. Quiera Dios que sepa escuchar esta vez la voz de la experiencia americana.

Am. curso 25/46

